

INTRODUCCIÓN

Año 2030 – El eficaz, el prodigioso y el díscolo.

A diario, al atardecer, el viejo desciende las escaleras del torreón y camina por la arista oceánica de su reino insular. En ocasiones su nieta lo acompaña, platican, sonrén, y siempre les queda la sensación que el recorrido ha sido demasiado breve.

Él sabe que desde hace un tiempo ella sueña. Una fotografía y algunas tele conferencias con cierto lejano joven la han dejado pensativa y distante, como si parte de ella estuviera en otro sitio. Por eso le aseguró que es bueno creer en los sueños y depende de cada uno que lleguen a ser realidad o permanezcan dormidos. Ella ha comprendido muy bien porqué lo dice: apenas toda esa isla. Así que también ella ha ido construyendo una fe, pequeñita al comienzo, inmensa ahora.

Este día ella no ha venido, y buena falta que le hace a este hombre distraerse con una buena charla. Cadenas de código de virus informáticos rebullen en su mente. Relámpagos que significan estrategias de ataque a software diverso, pero que también implican pavor y dudas por lo que está a punto de realizar desde su refugio, alejado del dinámico ajetreo de las grandes urbes. Por eso piensa en su nieta, para alejar tanta tormenta cerebral. Y ella, que esta vez no lo acompaña, ha quedado presa nada menos que de un computador, de un monitor, del par de ojos cándidos que la observan embelesados desde el otro extremo de un delgadísimo rayo. *Es mi sangre. Y es el amor.* Se dice el viejo mientras sonrío.

Pensar en el amor lo envuelve en recuerdos de su juventud y de aquella mujer incomparable que se le fue tan pronto. Le duele no haber sido más considerado, dedicarle más tiempo, acatar sus deseos aunque no fueran de su agrado. *Como el del perro. ¡Ella adoraba a ese animal y no me importó!* Quizás de haber traído alguno ahora mismo andaría saltando a su lado de aquí para allá; olisqueando las matas y las olas, rasguñando la arena, explorando la libertad que lo rodea. *¿Pero quién no comete errores?*

Graznidos de gaviota lo distraen, le permiten evadir parte de su melancolía por unos momentos. Luego se consuela pensando que en un par de semanas todo estará resuelto. *Para bien o para mal. ¿Unas*

semanas? Querido, mamá volverá en una semana. ¡Ven, demos de comer a las palomas! Es sólo una semana, una semana, una semana...



Ni siquiera en la noche profunda el silencio es absoluto en el hospicio psiquiátrico. Algún gemido o grito esporádico siempre recorre los corredores. El paciente vuelve a girar entre las sábanas y los momentos vividos ese día se retuercen pugnando por permanecer. No le resulta fácil mantener enfocada la mente en ellos, otras escenas le llegan en aluvión y lo intranquilizan, lo conmueven. *No estoy loco. Es la humanidad quien ha perdido la cordura.*

Ha visto lo que hará, se ha observado haciéndolo. Nada menos que ingresar furtivamente a la oficina del Director del Instituto Foucault. Pero no conoce el resultado de tal maniobra. Con seguridad nada grave pues se ha visto conversando con el comandante días más tarde y su actitud lo induce a suponer que su plan no ha sufrido ningún percance. Lo que sí tiene claro es que lo visto ocurrirá sin lugar a dudas. *Si saber ese tipo de situaciones es estar loco he de aceptarlo: lo estoy. ¿Y qué con eso? Luego de que las percibo jamás cambia el rumbo de las cosas.*

Dejando de lado esa idea recurrente sobre su salud mental decide que si no puede dormir tampoco se aburrirá como un insomne. Cierra los ojos y piensa en la violinista. Puede verla. Ella tampoco logra conciliar el sueño y es la única de su pabellón que no ha pegado un ojo. Antes de que apaguen las luces nuevamente ha desplegado sus cartas de tarot y otra vez el destino le ha indicado que un hombre la sacará de allí. Ahora piensa en él.

El desvelado abandona la vigilia de su amiga, sus cartones mágicos y su salvador desconocido, que bien sabe él de quien se trata. Falta poco para partir a la aventura y siente la adrenalina fluir por sus venas. *¿Eso es lo que no me deja dormir? ¿O los miles de ojos?*

Alguna vez tuvo la sensación de que existen miles de ojos observando para él y a través de ellos puede conocer cuanto sucede, no sólo en cualquier parte sino también en cualquier época. El único problema es que no le permiten elegir ni tiempo ni lugar, las escenas sólo llegan y llegan como lluvia de imágenes, por lo general atroces. *Empapan.* El alma le queda aterida y no queda otra salida que intentar palpar la realidad, vivirla, sentirla, y relegar esas visiones todo lo posible con la esperanza de que algún día dejarán de venir.

Acaso lo que inhibe mi sueño no se trate de miles de ojos sino de los millones de muertos. Porque no son los de antes, sino los de mañana.

Procura recordar alguna conversación con el comandante o la violinista, pensar en otros internos, en algún funcionario, quizás en el canto del mirlo de la otra tarde o el vuelo de la paloma de esta mañana. Finalmente y sin notarlo cae dormido sobre la contemplación de la paloma.



Aún no amanece. El estío se extiende sobre Pionera, ciudad insignia de Umbral. Sobre el edificio más alto una paloma observa al objeto estrafalario detenido contra el pretil. Es un conjunto de piezas de carbono, tubos, impulsos eléctricos y fluidos, coronados por una cabeza humana. Se trata de “La cosa”, modo en el cual se refieren a él los habitantes del mundo en la intimidad de sus vidas programadas. En las conversaciones protocolares el “Presidente del Consejo Superior del Planeta” es citado con nombre, apellido, y toda la consideración que semejante jerarquía merece.

El sujeto está orgulloso, ha logrado cuanto se propuso aun contra la providencia. Respira una bocanada de aire fresco y sus pulmones de plástico reaccionan dentro de su exoesqueleto. *Lo tienes todo.* Con un leve chirrido su mano articulada se apoya en la baranda. *¿O nada tienes?*

La paloma abandona su altozano emprendiendo un lento planear hacia el este. “La cosa” percibe su vuelo y sus ojos al seguirla distinguen una figura sobre otro penthouse, unos cien metros más allá y algo más abajo. *¿Quién será? Allí residen los Athanaida.* Su pensamiento es interrumpido por un rayo de sol que hiere su mirada. No lo molesta, tiene tan pocas sensaciones que todo estímulo sensorial lo reconforta. El astro rey asoma y ante su fulgor la paloma detiene su vuelo, posándose a escasos metros de aquella lejana silueta.

Es un muchacho que con frecuencia contempla el amanecer envuelto en una dolorosa melancolía pues se le dificulta el sueño. Está enamorado, pero no de una compañera de estudios ni de alguna prestigiosa heredera de su círculo tal como pretenden sus padres. No de alguien cercano y accesible a sus inmensas posibilidades: no. Él ama entrañablemente a una isleña, hermosa y distante, con la cual gracias a su abuelo ha podido conversar algunas escasas noches a través de la muy exclusiva y restringida Supranet.

Suspira. Sus diecinueve años lo traen inquieto: ha tomado una decisión difícil. Sus padres le impiden viajar pero él lo hará de todos modos. No ha sido fácil, no se trata de unas simples vacaciones, el mundo exterior está vedado a gran parte de los habitantes de las ciudades Umbral. Mas el complot está encaminado y comprende que una vez los engranajes lo impulsen poco probable sería la marcha atrás. Aun así, ignora cuanto se cuece tras bambalinas, circunstancias que no atañen sólo a su persona sino a todos los humanos.

Sobre el horizonte el sol se muestra ahora en todo su esplendor y da de lleno en el rostro del joven. *El día estará cálido, más de eso no puedo adivinar... ¡Si pudiera ver el futuro!* Absurdo, no podría, ha de existir sólo un ser en el mundo que puede hacerlo y no es él; es más, esa persona se halla en un internado psiquiátrico y quizás en ese mismo instante esté escudriñando los pensamientos del muchacho.

Descubre a la paloma, quietecita, viéndolo desde la distancia. *¿Conoces el futuro paloma?* Es posible. ¿Por qué no? Nadie podría asegurar lo contrario. Por ello el ave levanta vuelo alejándose, como si se dirigiera con presteza a buscar el futuro demandado por el muchacho.

Y allá va, se pierde de vista. Quizás de encontrar el futuro rehuya transmitirlo, atónita y agobiada por terribles visiones. Pero es posible que al menos halle jirones de pasado flotando en la atmósfera y acepte luego divulgar cómo llegó hasta aquí la humanidad. Para no dejarla librada a su suerte quizás debiéramos decirle que todo comenzó hace varias décadas, allá por mil novecientos sesenta y nueve.

Mediando la historia...

Días más tarde una lluvia fina cubría las calles y la tarde languidecía en medio de la humedad. Semejante es el ánimo crepuscular del hombre que camina pegado a las paredes. Un saco marrón con un pequeño tajo a la espalda, ajado y pasado de moda, envuelve su obesidad como a un fiambre. Lleva sus pantalones algo cortos y el paso apurado de siempre.

A Nereo le era imposible caminar despacio. Una novia soñada en algunas noches quiméricas solía decirle: –¡No pareces judío! – Semejante distinción lo hacía sentirse más satisfecho que lastimado: –¡Tal vez no lo sea! –contestaba él y continuaba, resignando su buen humor a proseguir ese andar acelerado.

Mientras transitaba bajo la lluvia, agitado e incómodo, la evocó como quien recuerda, camino al cadalso, haber olvidado el cepillo de dientes en la celda. Había sido la primer mujer en llamarlo paranoico, cosa que prefería a ser considerado miserable, como le ocurriera en sus jóvenes años y sin otro motivo que estar circuncidado y concurrir a la sinagoga. Le daba miedo pensarse paranoico, tal cosa podría significar que se equivocaba en sus apreciaciones, que la realidad podía ser mejor a cómo la interpretaba y que aun habiendo esperanzas su actitud no le permitía disfrutarlas.

Entonces se confundía, ambas cosas lo aterraban: tener la razón por terrible, y estar equivocado por confirmar su error. Sintió los pies mojados y maldijo a las tres cuerdas que le faltaban para llegar al hotel, por eso no percibió la mano que aplicó sobre su rostro el pañuelo con cloroformo.

•

Al despertar tenía las muñecas atadas a la espalda y a medio metro de sus narices una pared despintada. Lo incomodaba sentirse húmedo pero no pudo meditar demasiado en ello pues a sus espaldas una voz lo sobresaltó:

–No te vuelvas –le dijeron. Al mismo tiempo un par de manos, apareciendo por detrás, ponían ante sus ojos un bate de béisbol – ¿Reconoces esto?

De inmediato, sonido y acento de aquella voz le parecieron familiares, pero Nereo aún no la identificaba.

–Nada tengo que ver con el béisbol –contestó. Las manos que sostenían el bate lo acercaron a su nariz.

–¿Hueles? ¿Sientes el olor a sangre seca? ¿Tienes algo que ver con la sangre? Este simple objeto de madera hace tres días desparramó sesos. ¿Eso quieres que te ocurra?

–¿Saúl? ¿Saúl Yofre, eres tú? ¿Te envió el Mossad?

–¡Buen oído! Lo tienes agudo de andar hurgando en todas partes... No, ratón. Ya no trabajo para ellos y me estoy arriesgando en venir a darte el alerta. Inteligencia de varios países están preguntando sobre tus intenciones. Hay además algunos grupos poderosos algo incómodos contigo. Evalúan la conveniencia de eliminarte antes de que tú y tus amigos representen un verdadero inconveniente. La Organización teme que te vuelvas peligroso, aún no lo eres y eso te torna indefenso. ¿Entiendes? Debes finalizar tu lucha contra el futuro, tu vuelo de libélula en torno a la lámpara. Comprende que esa es la consigna del momento: ya no es útil la tarea que realizas. ¿No has pensado que eso podía ocurrir?

–Muchas veces.

–¿Entonces abandonas?

–No, pero te diré la razón... Viajaba desde Beersheba hacia Eilat, donde velaban a mi madre. Como sabes, el viaje no es tan largo, unas tres horas y media a lo sumo. Hay un trayecto sobre una falla geológica, de tal vez veinte minutos de duración, en el cual el terreno irregular te hace sentir como que corres en la montaña rusa... Solía marearme al recorrerlo pues no sólo sube y baja sino que además serpentea. No sufrí trastornos en esa ocasión. Ese día perdí el vértigo, los mareos en el mar y el miedo a morir: se los llevó mi madre. Comprendí que mi desaparición no preocuparía a nadie y desde entonces no me atemoriza la muerte. Así decidí aceptar esta vida que llevo... ¿Ahora puedes darme vuelta? ¿O tan feo te ha puesto la vida que no quieres mostrar tu semblante?

Yofre se afirmó en el respaldo de la silla y haciéndola apoyarse en una sola pata la hizo dar media vuelta. Sonrió cuando sus ojos se comunicaron: –¡Vamos, que sólo quería asustarte! ¡Ah! Y ponerte en camino, que así no duras lo que un buen moise.

De inmediato volvió a situarse tras su prisionero, en esta oportunidad para cortar las ligaduras de sus muñecas. Nereo sintió que sus manos se liberaban y volviéndose a medias elevó su mano

para saludar al otro hombre. Fue un ligero apretón de manos, ya no eran los jóvenes compañeros del templo, quizás hasta podrían llegar a ser antagonistas algún día si acaso en ese mismo instante aún no lo eran. Cuando intentó ponerse de pie el otro lo retuvo apoyando su mano sobre el hombro de Nereo, que bajó la cabeza y permaneció sentado.

-¿Dejarás tus locuras? Si tienes estrés nuestra agencia podría gestionarte una tranquila misión en alguna embajada tercermundista.

-No puedo dejar de hacer lo que hago, me habitué. Creo en ello y ha pasado a ser más fuerte que yo, es cual mandato divino que me energiza, me impele, me empuja.

-¡Te empuja al abismo! Creo que esos muchachos te han hecho tomar en serio las fantasías que difundes. Debiste desanimarlos, y si se obstinaban denunciarlos de inmediato.

-¡Fantasías! Bien sabes que no lo son. ¿Y supones que habré de creer que te preocupas por mí pellejo? ¿No le basta al servicio secreto con manipularnos? Creo que es hora de que el ciudadano común se entere de lo que realmente se entreteje en las discretas cumbres que los diarios no mencionan ni el viento desparrama.

-¡Vamos Nereo! ¿Por qué no quieres verlo? Quien maneja la información tiene el poder y si la información se comparte el poder se diluye. ¿Eso harías si lo tuvieras? Jamás te he visto siquiera repartiendo monedas.

-No interpreto un personaje, comprendí que ese tipejo bajo y regordete que dicta conferencias denunciando desmanes soy yo en realidad, y es bueno ver que confían en mis convicciones.

-¡Porque ignoran tu condición! ¿Ahora eres un líder? -Yofre esbozó una sonora sonrisa irónica -Razona. ¿Qué pensarían tus amigos de enterarse que perteneces a una agencia de seguridad del estado?

-Aun así... Libro mi propia batalla buscando perjudicar a quienes nos embaucan amparados en el poder. De lo contrario todo es una farsa y "democracia" una palabra vacía a la que no deseo servir.

-¡Qué filosofía anticuada! Hoy día es imperativo el mandato del mercado, las naciones se limitan a ser un marco jurídico donde contener a las grandes mayorías. ¡Olvida tu caza de dragones! Tú y tu amigo melindroso... Deben dejar las cosas como están por dos razones valederas: una, que es inútil lo que hacen, y la otra porque si

tuvieran una mínima posibilidad de lograr éxito yo estaría haciéndolo con vosotros.

-No has elegido una buena forma de hacerme entrar en razones. Pareces de la misma calaña de quienes hacen a otros pueblos lo que hicieran al nuestro.

-¡Si te oyeran tu vida valdría menos que un escupitajo! Podrías disolverte junto a esta misma lluvia... Mi intención es demostrarte lo indefenso que te encuentras: perdiste el apoyo que tenías.

-Tú eres quien está perdiendo y te lo he dicho: pierdes el tiempo.

El otro rió y luego hizo un ademán como de disculpa: -¡Oveja descarriada! ¿De qué forma podría ayudarte? Ellos no comprenderían... Me daría mucha pena que las circunstancias me obligaran a algo que no deseo hacer.

Quedaron viéndose a la cara, sus miradas se cruzaron en un puente agresivo. -¿Entonces? -dijo el captor.

-Entonces nada cambia. Hoy es un día como cualquiera para mí, no importa si es el último -aunque lo disimuló, por primera vez desde la muerte de su madre Nereo sintió miedo. No era miedo a morir sino a lo que hubiera más allá. Cerró los ojos implorando para que luego no hubiese más nada.

El recinto donde se encontraban era una amplia barraca donde sus voces, aún tenues, retumbaban. El otro hombre permanecía callado y Nereo miró a su alrededor como si sus ojos intentaran escapar de la intensa mirada del hombre que tenía delante.

El lugar, al parecer una factoría abandonada, estaba silencioso y desierto, apenas algunas palomas picoteaban en torno al charco que una gotera persistente había formado. Los hombres se hallaban próximos a una alta pared donde la humedad y el abandono habían cumplido buena tarea. Una hilera de columnas centrales daba al lugar una perspectiva de amplitud y vacío. Nereo se imaginó siendo descubierto muchos días más tarde, con el cuerpo a medio descomponer hendido de mordeduras de ratas y decorado con excrementos de paloma. Entonces no sólo no sería útil al mundo sino que tampoco lo sería para sí.

Su captor parecía resignado, o tal vez indeciso. Intentó nuevamente: -Imagina a un faisán apresado entre las garras del águila de cola roja que lo lleva hacia su nido. A ese faisán su instinto le ha de estar indicando que se halla en peligro pero no sabe, no imagina, qué cosa le ocurrirá. Carece de nuestra cualidad biológica de predecir, de imaginar acontecimientos, alternativas viables,

supuestos... Su cerebro no puede anticipar los picotazos de los aguiluchos ni el dolor que le ocasionará el desmembramiento de su cuerpo: su línea temporal consta sólo del instante que vive. Diría además que el desafortunado faisán no necesita que ningún Nereo vaya a contarle su futuro inmediato: nadie en el mundo lo necesita. No serviría de nada y lo más probable es que el bueno de Nereo caiga también bajo los mismos picotazos.

Mientras decía esto Saúl Yofre tenía los brazos flácidos al costado de su cuerpo. Al culminar comenzó a mover su pie derecho haciendo un leve tap-tap sobre el suelo, levantando con su acción pequeñas volutas de polvo que pronto se diluían. Algunas palomas manifestaron inquietud.

Pasaron varios minutos interrumpidos apenas por los tap-tap, la gota que caía al charco, los rumores de la llovizna allá en lo alto... Otros lejanos sonidos les llegaban desde una ciudad indiferente por completo al rumbo que podían tomar sus vidas.

-Creo que hemos hablado lo suficiente -dijo el hombre de pronto. Su tono había dejado la relativa cordialidad que antes tuviera. ¿Cuento contigo? Lo dejarás. ¿No es así? No olvides que los tontos caen antes que los cobardes.

Nereo sonrió: -Y los reptiles no caen pues se arrastran... ¡Pierdes el tiempo! -repitió -No es difícil creer en dios, lo difícil es creer en otro ser humano y más aun: creer en sí mismo sin ser tan hipócrita como para mentirse. Antes no me creía; ahora me creo, me absuelvo, y no temo.

Saúl Yofre levantó sobre sus hombros el bate de béisbol. Lo hizo con lentitud y se detuvo allí, en posición de bateador.

-Tal vez un golpe no baste... ¿Estás seguro de no temer?

-Lo estoy, sí.

-Entonces saluda a tu madre de mi parte.

Cuando las manos de Saúl se afirmaron en el extremo del bate y se disponía a dar un potente envión se sintió un sonido seco. Sus ojos se abrieron desorbitados al mismo tiempo que otro ojo se abría en su frente salpicando sangre. Las palomas levantaron vuelo y el hombre pareció perder rigidez. El bate cayó y rebotó hacia un lado. Las rodillas de Saúl Yofre se doblaron, su cuerpo dio la sensación de un titubeo pero se fue de bruces sobre Nereo, quien asqueado movió su torso utilizando el impulso de la caída del hombre para que siguiera hacia el suelo. Éste cayó con un ruido sordo al mismo tiempo que una figura oscura emergía de atrás de una de las columnas.

Nereo, aunque temblaba, tuvo un pensamiento rayano al humor negro: ni teniendo dos profesiones un intelectual debería verse en estos trances James Bondeanos. Su extraño salvador se había acercado:

-¿Quién eres? -dijo Nereo, que aún no se sentía a salvo.

-Un cazador de águilas de cola sucia -dijo -He salvado tu vida, debería ser yo quien hiciera las preguntas.

Si bien vestía con normalidad, piel y acento delataban un origen musulmán. Traía su arma apuntando al suelo y andaba con cautela. Desde la ausencia de vidrios de alguno de los altos ventanales varias palomas volvieron a descender.

-Debemos salir pronto de aquí. No te han doblegado las amenazas ni te ha derrotado el miedo. Imagino que tampoco han podido seducirte con dinero y que sólo cuentas con tu pellejo, así que no tienes nada que temer. ¿No tienes familia? ¡Claro que no! Eres un hombre libre y acepto que tienes ciertas virtudes...

-Lo sabes todo de mí y yo sigo sin saber quien eres.

-¿Debo darte mi carné de la seguridad social o te resignas con alguna de mis tarjetas de crédito? Mi nombre clave es Abraxas y respondo a dirigentes disidentes del Plan Umbral, pero dejemos de lado las formalidades, debemos irnos. ¿Sabes que esto no termina aquí? Detrás de éste vendrán otros.

-Estoy sentenciado... Entraba en mis cálculos. No has salvado mi vida por azar: Quién paga tu salario nada gana con que continúe con mis actividades. Sólo puede haber una razón para tanta bondad: lo han objetado. A tu jefe, jeque, presidente, empresario, lo que sea... la elite lo ha rechazado, no lo quieren en "Umbral"... Lo han dejado fuera del siguiente paso "evolutivo" ¿Quién es, acaso Bin Laden? ¿Sabes de qué hablo?

Caminaron hacia la salida, el extraño iba adelante mirando a uno y otro lado: -Nada de eso, pero no hay tiempo para explicaciones. Cambiemos alguna de nuestras prendas y ponte estas gafas -ordenó.

Una vez que lo hicieron el hombre exclamó: -¡Vete judío, deprisa, y piensa bien lo que haces! No siempre mi puesto estará en tu sombra y ellos ahora quedan alertados. La próxima vez es posible que ni tu ni yo tengamos chance.

A sus espaldas se oyó un sonido inidentificable pero las palomas volaron. El hombre empujó a Nereo hacia la calle -¡Vamos, corre! -Y Nereo corrió todo lo más presto que pudo.